

# Ventura y desventura de la Izquierda Del PRI

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



Se está formalizando la existencia de una corriente de izquierda en el Partido Revolucionario Institucional. Entre sus promotores hay una acusada variedad de puntos de vista y de conductas personales, inevitable en un movimiento de esta naturaleza.

No se puede negar la necesidad y la pertinencia de que esta corriente adopte formas que le permitan influir en la conducción del partido. Los recientes acontecimientos en Chihuahua, especialmente, muestran dos de las debilidades a que el partido gubernamental tendrá que enfrentarse si quiere, por un lado, continuar siendo eje de la vida política mexicana y, por otra parte, si no quiere renunciar por entero y aun explícitamente a las banderas que sustenta en su declaración de principios.

En Chihuahua, dentro de un panorama de complejidades que obliga, en el análisis, a toda suerte de matices para evitar que los lugares comunes distorsionen el examen de lo que ha pasado, una sola cosa es inequívoca: el voto por Acción Nacional y el resto de los partidos de la oposición revela más que en ninguna otra parte el hartazgo que porciones crecientes de la sociedad experimentan hacia un estilo de hacer política, cuyos resultados negativos más evidentes son el centralismo, la corrupción y la ineficacia en el manejo de los asuntos económicos. Reconocer que así es, adoptar la decisión de remontar tal inclinación de la opinión pública, y asumir formas de comportamiento político capaces de lograr un nuevo entendimiento con los ciudadanos, es un desafío que sólo una profunda reforma interna en el PRI podría conseguir.

No una reforma, sino una mutación interna se ha llevado ya a cabo, pero obra en sentido contrario de la que parece necesaria. En el partido gubernamental están ganando terreno, cada vez más notoriamente, dos variedades del conservadurismo y aun de la derecha priísta. No es absurdo hablar de una orientación de esta clase en el partido oficial, porque ya se sabe que allí se reúnen tendencias muy variadas dentro del sistema político mexicano. Esas dos modalidades son, por un lado, la tecnoburocracia y por otro lado el **pripanismo**. Son a veces semejantes, y sus personeros suelen no desdeñar la actuación conjunta, pero sus perfiles ideológicos y los intereses a que buscan servir son diversos, y es útil y posible establecer tal diferencia.

La tecnoburocracia ocupa los principales cargos en el gobierno federal, en la dirección misma del partido y en algunos gobiernos locales próximamente. Muchos de sus integrantes se conciben a sí mismos como adelantados de una especie de neopriísmo capaz de desprenderse de los vicios de la política a la antigua usanza, modernizando las costumbres y proponiendo objetivos claros, casi siempre vinculados a programas desarrollistas, enredados a menudo con ambigüedades liberales y monetaristas. Tienen en su favor el hecho de que actualmente gobiernan, y se proponen no abandonar el poder en el corto plazo (es decir resolver dentro de esa corriente la sucesión presidencial), pero milita en su contra la pesada circunstancia de que su principal habilidad proclamada: la capacidad para enfrentarse y vencer a la crisis, les ha reportado un resultado por completo distinto de sus propias expectativas.

La otra corriente es el **pripanismo**, es decir la tendencia de quienes por ideología e intereses deberían militar en el PAN pero por conveniencia lo hacen todavía en el PRI, o van y vienen hacia el interior y hacia afuera de ese partido. En Chihuahua se observó muy patente-

mente este caso. Si bien fue el pragmatismo de los operadores de la política nacional, decididos a ganar allí a cualquier costo lo que promovió las candidaturas de Fernando Baeza y de Jaime Bermúdez, por poner dos ejemplos, y la que puso en la dirección del CEPES local al ex banquero y poderoso caballero don Eloy Vallina, ellos y otros muchos aceptaron practicar esta jugada porque de ese modo sirven a sus intereses concretos y contribuyen a acupar en el partido dominante las ideas que encarnan.

De cara a estas expresiones del neopriísmo, se pueden identificar asimismo un par de vertientes de la política priísta a la antigua usanza. Una está constituida por los dinosaurios de la cosa pública, los que idearon o practicaron la política del carro completo, del acarreo, del robo de urnas o de su sucedáneo más o menos civilizado, la alquimia electoral. Les ha dado por decir, aprovechando una noción que han oído por allí —y que naturalmente ignoran que fue creada por Gaetano Mosca, politólogo italiano— que forman la clase política. Muchos de ellos, por razones más bien gerontológicas, no tienen ya empleo, y ello les sirve para asegurar que esa clase a la que pertenecen ha sido desplazada. En segundo término, queda el sector de los políticos que tienen conciencia de que el partido de la Revolución no es solamente, o no tiene por qué ser solamente un instrumento electoral, sino que le advierten posibilidades de aglutinamiento de amplias corrientes populares, aun las desencantadas de las posiciones presentes de quienes tienen a su cargo la operación partidaria, pero no frustradas en su aspiración de construir una país que así sea tardíamente pueda corregir el rumbo y arribar a las metas avistadas por los constituyentes de 1917.

Algunos de los miembros de esta última corriente son quienes han iniciado un movimiento de reconcientización dentro del PRI. Sus cabezas visibles disfrutan, casi todos, de amplio crédito político y moral. Citemos el primero a don Cuauhtémoc Cárdenas, inminente ex gobernador de Michoacán, donde cumplió una visible y eficaz tarea, que ahora incluso sus propios correligionarios se empeñan en empañar, entre otras cosas precisamente por el papel que evidentemente está dispuesto a asumir en cuanto deje la gubernatura. El año pasado dijo en Jiquilpan una conferencia titulada "La revolución a futuro", que se ha convertido en la piedra angular de este movimiento. Forman parte de esa corriente dos embajadores, que no llegaron a la diplomacia, como algunos creyeron, como quien llega a sus cuarteles de invierno, para esperar la jubilación. El primero es don Horacio Flores de la Peña, actualmente jefe de la misión mexicana en Moscú, que lo fue antes de la radicada en París y que previamente sirvió a la Universidad Nacional y al país entero en diversas responsabilidades, la más alta de las cuales fue la titularidad de la Secretaría del Patrimonio Nacional. El otro es don Rodolfo González Guevara, embajador en Madrid, y cuya biografía es rica en experiencia política partidaria, aunque no carezca de antecedentes en la administración: luego de haber servido largamente a su partido en el comité del Distrito Federal, fue secretario general del comité nacional; diputado en varias oportunidades, en la última de ellas fue líder de la mayoría priísta; además ha sido secretario general del Departamento del Distrito Federal, subsecretario del Patrimonio y subsecretario de Gobernación.

Otros priístas de izquierda están inmersos en este incipiente movimiento, aunque algunos de ellos están marcados más que por su propia historia personal por su adscripción, voluntaria hoy o no, a uno de los ismos ex presidenciales. Se trata de Porfirio Muñoz Ledo y Augusto Gómez Villanueva, cuyo sello echeverrista no necesariamente será un factor que facilite su integración al equipo director de esta corriente.

Como quiera que sea su actividad es necesaria. No será fácil que se les permita contribuir a la revitalización priísta. Pero merecerían cobrar influencia por ellos, por el partido en que militan, y por el país entero.

# A quila o Sol

nes tabacosos y ni un ahogo me ataca. Ganas me dan de emprenderla a la frontera montaña, muy extensa y muy alta, que señorea el horizonte: la Malinche; pero ya no disponemos de mucho tiempo y hemos de dejar la excursión —se puede llegar en coche hasta el albergue estupendo— para fecha muy próxima. Cuando subo a instalarme en la mesa del desayuno, todavía encuentro a Susana Alexander —mujer de gracia y de talento—, con quien hace tiempo no departía; pero no platicamos mucho, porque ella va a partir rumbo a Morelia, ya que en trance y en necesidad de descanso, muy merecido, anda ahora.

El sábado al medio día, cuando la encontré a la mesa con Ernesto Alonso y con el director Raúl Araiza —más la actriz Roxana Chávez y varios técnicos de la televisión—, desde luego supuse que todos estarían buscando aquí —¿dónde mejor, si no?— “locaciones” para una próxima telenovela. Luego me enteré de que ya la están realizando y no me he de perder, cuando se exhiba, algunos capítulos, para volverme a solazar, entre la trama no sé aún si jubilosa o trágica, con estos parajes bellos y estos muchos rincones nobilísimos que se han multiplicado por todo el estado tlaxcalteca, que nueva, enjundiosa y muy productiva tiene ahora. El espíritu dinámico, el talento creativo —me lo repiten y se miran, se palpan— de Tulio Hernández, un tipo sencillamente fascinante, se han hecho presentes donde quiera. El estado pobrecito, “dejado de la mano de Dios”, se ha convertido en joya, aunque cierta falta de información constante y oportuna al respecto lo tengan todavía por desconocido, ignorado, para muchos, aun a hora y media escasa de la capital de la república. Lo que inició el gobernador Emilio Sánchez Piedras, con Tulio se abrió magnificente. Aunque algunos se resistan —allá sus gastos torvos en sus respectivas barrigas— a aceptarlo, porque no acaban de entender, o no quieren hacerlo, la peculiar personalidad de este muchacho —sigue siéndolo en su modo juvenil antiolemne— franco, llano, que habla a todos de tú y de frente, desencombatado siempre, y que más que discursos farragosos, hace obras...

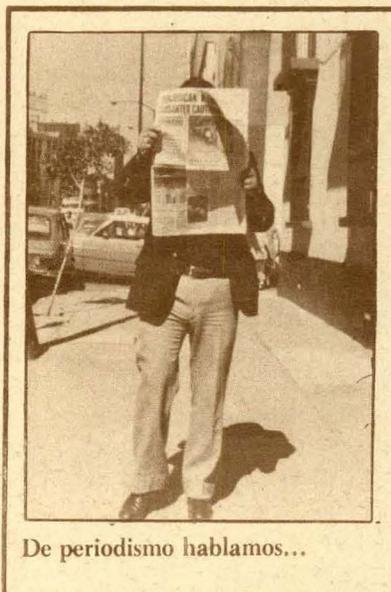
Había quedado con Armando Ahuatzi —a quien encontré aquí, vuelto a su solar nativo— de ir a su casa, ya de salida para México. El domingo había estado Armando en Santa Anna, en un concurso de niños pintores, donde yo, al regreso de Cacaxtla —nos quedamos afuera, porque estaban en obras de restauración, de protección o algo así, y para el próximo paseo sí que nos meteremos todo un día por lo menos en su maravilla arqueológica—, ya no pude alcanzarlo. Pero este medio día lluvioso, ya con las pequeñas maletas en el auto, enfilamos hacia Panotla, donde el pintor tiene su vivienda.

Meche, su compañera linda —pintora también, por cierto—, se disculpaba con nosotros, toda amable, toda cariñosa, casi acongojada, “porque con la lluvia no habían podido asar carne en el patio de la casa”. Yo de ningún modo me sentí entristecido por eso, porque las turbulencias de la atmósfera decidieron en nuestro favor una comida verdaderamente sensacional: sopa de calabacitas y flor de calabaza, cuitlacoques en su propio caldo, costillas en su jugo, guacamole y unos frijoles bayos con tocino que, como de todo repetí en abundancia, me tiraron —nos tiraron— de espaldas, contentísimos, haciendo verdad incontestable la sentencia santa: “barriga llena, corazón contento”. Fue... ¿cómo decirlo?, tal si uno de los bodegones bellísimos que Ahuatzi pinta se hubiera volcado, calentito, del cuadro, de la tela, a la mesa cordial. Y vaya que, con Armando y con Meche, con María Elena —cocinera de antología— y con los amigos de la casa, don Lauro Tapia, tlaxcalteca de pura cepa, y su señora —duranguense de origen, pero ya tlaxcalteca también, aunque a lo norteño muy platicadora, muy abierta— y su hijo Roberto, pasamos la tarde de lo más felices; que si no cae la noche y pensamos en la carretera, posiblemente congestionada de vehículos a esa hora, todavía estaríamos ahí, devorando el postre de dulces de la tierra: alegrías, chilacayotes y calabazates (tres veces ¡hummm!)

## MIÉRCOLES:

### “NOCHE A NOCHE”...

Ya hará dos semanas, creo, Félix Cortés Camarillo me invitó a estar en su programa del canal 9, “Noche a Noche”. A Félix, desde hace tiempo, desde que lo leí en el suplemento cultural de esta revista



De periodismo hablamos...

—donde mis cimarrones teclazos se atreven, haciendo él crónicas y críticas de teatro—, lo tengo en muchísima estima, estima que creció a afecto, cuando convivimos en “Para Gente Grande”, o en reuniones bien sabrosas con Ricardo Rocha y con Pepe Pagés Rebollar también —pues todos ellos, entre sí, son cuatísimos—. Es Félix uno de los no muchos que aquí escriben de teatro sobre la base clara de una cultura auténtica (no incurrir, ¡por favor!, en barbaridades como decir “tras bambalinas”, pues las bambas marcan espacios suspendidos allá arriba, ni confunde la gimnasia con la magnesita, la tragedia con el sainete, etc.). Se graduó en Checoslovaquia (la tierra de Tadeuz Kantor, nada menos) y confirmó aquí su tarea. Que por el momento, Félix no siga escribiendo, con regularidad, de lo que es el objeto de su conocimiento y amor es algo que yo lamento; pero sus razones respecto. En su programa ha tenido personajes muchos de valía indiscutible en sus terrenos respectivos: teatro, cine, pintura, ¡qué sé yo!; así que cuando me invitó, me eché a temblar, lo confieso: ¿de qué hablaría yo Dios mío?

Pues hablamos de... periodismo. De lo que significa en la comunicación humana y en el quehacer del hombre. En mí, apenas unas experiencias pequeñas; pero eso sí, el reconocimiento claro de algunos de veras fregones en el oficio (oficio, sí, como el del carpintero: desbastar la madera, pulirla, afinarla, moldearla para volverla objeto útil y, si posible, también bello; la sensibilidad para captar lo que en el mundo que nos rodea alegra o preocupa a muchos, y la palabra clara para expresarlo, verterlo, darlo o devolverlo), que como mis maestros, aunque yo haya salido mal discípulo, he sentido: Antonio (el Indio) Velázquez, un reportero nato, de intuición formidable, de agudísimo olfato, con quien di mis primeros pasos aprendices; y en lo de escribir, ese portento de sencillez, de diafanidad y de hermosura en el texto de relación, de crítica o de comentario, que fue Pepe Alvarado; y como ejemplo largo en el manejo completo del oficio —reportear, redactar, formar, cabecear, todo—, José Pagés Llergo, que todavía me apasiona con su magisterio sin tregua.

Dije mis maestros, por decir mis ejemplos a seguir, aunque no llegue a alcanzarlos. Por supuesto que nunca establecieron aulas, pasaron lista en la clase, pusieron y calificaron exámenes y así; pero maestros han sido, para mí y para muchos —yo diría, para todos lo que de esto viven o pretenden vivir—, porque en la jerarquía artesanal, que es cosa nobilísima cuando con nobleza se ejerce, ellos están en el grado más alto.

Qué cosa, el oficio me encanta —me ha dado todo lo bueno que poseo y con él he sido rico en libertad y en posibilidad de vuelo—, y sólo lo dejo, de cuando en cuando, porque su peso en el devenir de esta vida nuestra, en el país y el mundo, muchas veces es mayor que mis fuerzas. Jamás me he dolido —mucho menos arrepentido— de sentirme y declararme muy pequeño frente a su trascendencia.

Por eso, querido Diario, no creo despreciar a los que al difícil oficio se abocan, ni a los mentirosos siquiera, pues si unos lo son deliberadamente, otros lo son por obnubilación, y al cabo a cada uno se le juzgará por sus obras expuestas. Tal vez sí, a ratos, me causen náusea los zafios alardosos; pero de fachendosos huecos están empedrados los caminos, ¿qué ha de hacerse?

Bueno, en un programa de televisión “en vivo” —ni modo de estar atento al monitor en el estudio para ver si digo cosas chispeantes y salgo “glameroso” y bien peinado—, ni siquiera como primera forma de disciplina puedo juzgarme. Tampoco pienso pedir copia de la emisión —si de videotape se tratara, mejor pediría uno de Olga Breeskin—, para autocomplaceme o, más probable, abuchearme. Ni virtudes de político bueno ni redaños de torero valiente tengo y, mejor, lo dejamos así, sin más menearle, buscándole tres pies al gato televisivo, que lo mismo maúlla dulcemente, que araña...